

APROXIMACIÓN HACIA UN ANÁLISIS DE LA PRODUCCIÓN COMO UN FANTASMA DEL SUJETO*

Approach to the analysis of production as a spectre of individuals

Recibido: Abril 1 de 2016 – Aceptado: Mayo 13 de 2016

DOI: <http://dx.doi.org/10.17981/cultedusoc.07.1.2016.7>

Jairo Báez**, Carol Fernández Jaimes*** y Angélica María González Jiménez****
Fundación Universitaria Los Libertadores

Para citar este artículo / To reference this article:

Báez, J., Fernández, C. y González, A. (2016). Aproximación hacia un análisis de la producción como un fantasma del sujeto. *Cultura Educación y Sociedad* 7(1), 96-103. DOI: <http://dx.doi.org/10.17981/cultedusoc.07.1.2016.7>

Resumen

La reflexión que se esgrime a continuación, está encaminada a analizar la configuración de la inclusión laboral en el discurso de la salud mental. Para ello, se realiza un recorrido que permite hallar los virajes del signifi- cante producción en su relación con el sujeto; en el ca- mino transitado se logar aprehender que la cuestión del trabajo y producción, son inherentes a la condición hu- mana, constituyéndose así en significantes atemporales y a-espaciales en los cuales se desliza el sujeto con todas sus paradojas. Más allá de establecer causas de orden económico, se palpa el trabajo y la producción como una cuestión psicológica en la cual el sujeto se juega el reco- nocimiento de sí mismo ante el otro y el Otro, y en ese reconocimiento se escabulle el juego ilusorio del engaño a la muerte como un real, en tanto productividad denota acción, movilidad y hacer, elementos constantes que estarían puestos por el sujeto como un velo que ciega la mirada hacia la muerte.

Abstract

The present is a reflective work aimed to analyze the arrangement of inclusive labor related to the discourse of mental health, therefore, a path that has allowed researches to find the significant changes with regard not only to the production but also to the individual was carried out; in other words during this research project it can be illustrated that as well the issue of labor as production are inherent to the human condition by constructing significant and permanent conditions and actual which human beings are essential components from their whole dimensions. Moreover, labor and production are regarded as psychological issues through which hu- man beings have found as self-recognition as social, be- sides the mention features turned into fictitious situa- tions addressed to dangerous situations due to these are not authentic; by contrast productivity has been recog- nized as a measure of efficiency able to create and gener- ate positive outcomes.

Palabras clave

Trabajo, Producción, Reconocimiento de sí mismo, Com- pulsión al trabajo.

Keywords

Work, Production, Self-recognition, Compulsion to work.

* El presente artículo es resultado de la investigación titulada “Análisis de la configuración de la inclusión laboral en el discurso de la salud mental: posibilidades reales, simbólicas e imaginarias de la inclusión del enfermo mental”, desarrollada por el grupo “Psicosis y psicoanálisis” de la Facultad de Psicología de la Fundación Universitaria Los Libertadores y financiado por la misma Institución.

** Doctor en Teoría Crítica, Psicólogo y Docente Investigador Correspondencia: jairbaez@gmail.com

*** Magister en Psicoanálisis Subjetividad y Cultura, Psicóloga Docente Investigadora Fundación Universitaria Los Libertadores. Correspondencia: tesispsicologica@libertadores.edu.co

**** Psicóloga, Candidata Magister Psicoanálisis. Docente Investigadora Fundación Universitaria Los Libertadores. Correspondencia: amgonzalezj@gmail.com

Introducción

El sendero de la salud mental se ha visto franqueado por diversos significantes que han incidido en la concepción de sujeto, en la circulación de un saber y en la emergencia de prácticas acordes con dichos significantes. Es así como la producción se ha venido constituyendo como un significante que ha marcado al sujeto y no en el contexto contemporáneo sino a un sujeto atemporal, a-espacial.

En tiempos antiguos, aproximadamente en los siglos VII y VIII, se vislumbra como el significante producción viene circulando al sujeto en su propia existencia. En estos tiempos se da vida a la obra "*Trabajos y días*" de Hesíodo, en la cual el poeta traza diversas líneas en torno al trabajo. Allí, logra captarse por una parte, que el trabajo proviene como un castigo propinado por Zeus a los hombres, a causa del robo del fuego por parte de Prometeo; y por otra parte, el trabajo es concebido como un hacer necesario que engrandece al hombre y por consiguiente como una fuente de veneración hacia los dioses. Esta última concepción de trabajo, traza unas prácticas claras en las cuales los hombres se ven imbuidos en medio de normas, consejos y prácticas para el desempeño de una óptima labor, siguiendo así los preceptos de un saber que va cercando al hombre: el saber impartido por los dioses.

Es así como se leen cuestiones atinentes al trabajo y a la producción que vienen obturando al hombre indistintamente de un tiempo y un espacio específico; el trabajo como fuente de riqueza, satisfacción de necesidades y de reconocimiento ante el otro semejante, han devenido en preceptos que marcan, signan

y barran al sujeto. Es así como se instaura desde tiempos remotos un saber particular, el saber del trabajo que le recuerda no solo a Deméter, sino a los hombres en general que la inactividad y la quietud irán siempre de la mano del hambre; que la inactividad será siempre fuente de desprecio por parte de los hombres sabios y prudentes, recalcando que "... si trabajas serás mucho más grato para los inmortales y para los mortales, pues muchos desprecian a los inactivos...", (Hesíodo, 1986, p. 78), premisas que performan un saber que repercute en últimas en las prácticas de los hombres de aquel entonces, y del hombre en nuestros días. Pareciera en este momento dado que más allá de ligar el trabajo con la obtención de riqueza, este se articula como un significante que permite el reconocimiento del hombre ante sí mismo y ante los otros, logrando así alcanzar el escalafón máximo del reconocimiento ante el Otro; y se capta quizás brumosamente, que este Otro se juega su estatuto ante el otro por las vías de la producción, como un movimiento estratégico que le permita capturar ilusoriamente la completud de su ser, en donde la suspensión del sujeto en el tiempo o en el espacio sólo dan cabida a la apertura de un abismo infranqueable por el cual se puede diluir el Otro en su esencia.

Siglos más tarde, el trabajo va a adquirir una relación íntimamente directa con la productividad hasta arraigarse a la riqueza. Pareciera que en el Renacimiento hay una fuerte presencia de ociosidad y mendicidad y ante ello surgen medidas policivas que buscan contrarrestar estos dos males señalados por los dioses de distintos hombres: los dioses griegos, el Dios de la Santa

Biblia, Alá, entre otros. Y en este punto de anclaje del trabajo con la producción y la riqueza, en esta relación tripartita, pareciera que se va dibujando lenta pero diáfananamente una imagen ilusoria de un objeto que se persigue aún en nuestros días: la salud mental.

Si en la antigüedad la mendicidad y ociosidad eran censuradas en tanto que degradaban a los dioses, desde el renacimiento y hasta la actualidad, la mendicidad y ociosidad, serán censuradas y proclives de ser sustraídas de la vista de los hombres en tanto que degradan la economía de la sociedad; podría así enunciarse. Es así como resulta interesante encontrar como la ociosidad y la mendicidad serán confinadas en lugares lúgubres y a su vez llevadas a ejercer algo paradójico para su propia esencia: trabajar y producir.

Los preceptos del trabajo y la producción se han introducido lentamente en el discurso de la salud mental, desde el Renacimiento se dan los primeros pasos que van a llevar al encuentro de la salud mental con el trabajo, empezando a configurar quizás, una concepción de sujeto en cuyo núcleo se erige la denominada salud mental como significante rector y que estará contenido por los significantes trabajo, producción y riqueza. Leyendo a Foucault se encuentra de hecho cómo la figura de Hospital encierra un interés muy distinto al de la salud mental, pero será posteriormente la salud mental misma, la que se configura como una imagen ilusoria sostenida por la relación tripartita trabajo – producción-riqueza; “...Desde el principio, la institución se proponía tratar de impedir “la mendicidad y la ociosidad, como fuentes de todos los desórdenes (...) En realidad, era la última de las grandes medidas to-

madadas desde el Renacimiento para terminar con el desempleo, o por lo menos con la mendicidad...” (Foucault, 1993, p. 49). La “internación tiene el mismo sentido, por lo menos al principio. Es una de las respuestas dadas por el siglo XVII a una crisis económica que afecta al mundo occidental en conjunto: descenso de salarios, desempleo, escasez de la moneda” (ibíd., p.50), por consiguiente se puede colegir que hospital y salud mental, se sostendrán paulatinamente en los significantes trabajo- producción - riqueza. La cuestión en ciernes es que por el sendero de la salud mental circula la imperiosa necesidad de implementar normativas y prácticas encaminadas a la productividad de los improductivos, es decir de los enfermos mentales, signando así enfermedad mental, con el sello de la improductividad.

De la utilidad, la producción y el sujeto

Hace unos cuantos meses se recordaba una vez más un film cinematográfico llamado “300”, película que narra la “Batalla de las Termópilas”, un film épico que muestra la ardua formación de los espartanos para la actividad guerra; llamaba particularmente la atención un hecho: una vez nacido el niño, era revisado por un personaje, tal vez de un alto rango en la comunidad espartana, y tenía como objetivo revisar la completud corporal del recién nacido y de esta forma determinar si era apto físicamente y si sus condiciones de salud eran óptimas para continuar bajo la protección de los padres y formarlo en las artes de la guerra. Aquel recién nacido que no estuviese óptimamente sano era o bien arrojado por un acantilado, o arrojado en medio de un paraje inhóspito a merced de las garras de las bestias.

En vista de ello se sugiere que los conceptos de funcionalidad, utilidad y discapacidad, no son tan actuales como creía, es decir, que estos no han sido acuñados a partir de un pensamiento económico particular. Fue por ello, que en conversaciones coloquiales, surgió la necesidad de volver la mirada más atrás en el tiempo, y revisar datos históricos y otros textos que dieran cuenta de la necesidad de laboriosidad o funcionalidad de un individuo dentro de una sociedad. En “*Moralia*” de Plutarco, se encuentran datos importantes que dan cuenta de la contemplación de la belleza y de aspectos morales, incluido el trabajo y la sanidad, para valorar a un individuo; en el “*Lazarillo de Tormes*”, se encuentra una narrativa que da cuenta de las peripecias por las que atraviesa un mendigo. Con Adam Smith y su texto “*La riqueza de las naciones*”, se encuentra otra fuente que permite elucidar con mayor claridad la cuestión del “ojo de la utilidad” con el cual ha sido visto el hombre a través de su historia.

En la “*Riqueza de las naciones*” (2007) se puede leer la importancia de la división del trabajo, concepción que más allá de proporcionar un bienestar al trabajador, o de favorecer un excelente clima organizacional, vela por la capacidad de incremento de la productividad en una labor determinada que generaría un trabajo con actividades bien distribuidas (Smith, 2007, p. 35). Dicho aumento en la productividad, estaría favorecida por la división del trabajo que se caracterizaría por tres elementos particulares: la mayor especificidad y destreza que adquiriría un trabajador al concentrarse en una actividad específica; la optimización del tiempo, gracias a que una persona no tendría que pasar de una actividad a otra, sino que se concentra en su propia

actividad mientras sus compañeros desarrollan las demás actividades en aras de finalizar un producto determinado; y, finalmente, la invención de maquinarias que en tanto facilitan el desarrollo de una labor, contribuyen a la optimización del tiempo y de recursos, gracias a que hace posible que un solo trabajador realice varias tareas con pocos costes de tiempo y ahorrándole al industrial mayores gastos en nómina. (Íbid, p. 37).

Menciona Smith, que una de las grandes ventajas que proporciona la división del trabajo es el ahorro del tiempo que se permite gracias a que un trabajador no tiene que pasar de desarrollar una actividad a desarrollar otra y otra, lo que implica pérdida de tiempo en tanto deja de hacer una labor y luego se repone para la ejecución de las subsiguientes. De hecho menciona que:

Es normal que un hombre haraganeé un poco cuando sus brazos cambian de una labor a otra. Cuando comienza la tarea nueva rara vez está atento y pone interés... La costumbre de haraganear o de aplicarse con indolente descuido, que natural o más bien necesariamente adquiere todo trabajador rural forzado a cambiar de trabajo y herramientas cada media hora, y a aplicar sus brazos en veinte formas diferentes a lo largo de casi todos los días de su vida, lo vuelve casi siempre lento, perezoso e incapaz de ningún esfuerzo vigoroso, incluso en las circunstancias más apremiantes. (Íbid, p. 39).

Bien podría decirse que se está refiriendo a las labores rurales, pero aún, hoy en día, en el contexto colombiano, podría enunciarse que hay un gran número de trabajos manufactureros, industriales o administrativos que generalmente se encuentran operando bajo la distribución

o división del trabajo; pero la cuestión a indagar es que, si estas cuestiones que pone bajo la luz Smith: la tendencia al cansancio, a la pérdida de capacidad en la concentración, a la pérdida de la agilidad motriz, y la “pereza”, son vistas en personas denominadas normales, trabajadores del común, y que por tanto se deben generar estrategias para favorecer una mayor productividad, ¿Qué opción tiene un psicótico que no responde en primer lugar a un llamado al orden por parte del Otro en términos de productividad y eficiencia laboral tal y cómo se tienen concebidas en el ámbito económico, social, laboral? Se pueden generar múltiples estrategias para combatir la baja productividad, pero muy seguramente estas no sean efectivas. Si muchas veces resulta complejo que un sujeto denominado normal asuma el llamado a la productividad sin mayores inconvenientes, mucho menos, se puede esperar que un psicótico pueda responder con menos inconvenientes que el denominada sujeto normal. Y es que dicha división del trabajo, mayor productividad y optimización del tiempo apunta a un solo objetivo “la riqueza de una nación”, así, Smith, establece que una gran productividad dará como resulta la riqueza perseguida por los pueblos (Ibíd, p. 41).

Por consiguiente que el esmerado trabajo de muchas personas laboriosas no se debe a su generosidad, sino a su interés por acumular capital, poder intercambiar bienes en beneficio del desarrollo de su actividad y en aras de alcanzar la riqueza. En este orden de ideas plantea Smith que “... No es la benevolencia del carnicero, el cervecero, o el panadero lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ponen ellos en su propio beneficio. No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés, y jamás les ha-

blamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas” (Ibíd, p. 46). Smith, era un ecónomo, no un psicoanalista, o alguien que pensara desde el psicoanálisis, pero pone entre líneas un concepto psicoanalítico fundamental: el narcisismo. No es por el otro que se hacen las cosas, es para sí mismo, para el reconocimiento de sí mismo, cosa que también venían esbozando los antiguos griegos.

En la teoría económica expuesta por Smith, se teje la idea de que hay trabajadores productivos e improductivos y que ambos son sostenidos y mantenidos con el producto que anualmente arroja la producción de la tierra y en general el trabajo del país, de lo cual se entendería que hay unas ganancias económicas para la nación y que tal vez, son invertidas en el mismo pueblo. Pero el punto importante, es que dicha producción anual, dichos recursos obtenidos, no siempre serán infinitos y que en algún momento se agotarán, de ahí que “(...) según que la proporción destinada cada año a mantener brazos improductivos sea menor o mayor, quedará para los productivos más en un caso y menos en otro, y el producto anual del año siguiente será consecuentemente mayor o menor, si exceptuamos las producciones espontáneas de la tierra, todo el producto anual es el efecto del trabajo productivo”. (Ibíd, p. 426).

Este pensamiento implicaría dos aspectos: el primero, es que ya se empieza a ver por dónde va el problema de la improductividad: las pérdidas económicas. Bien podría replicar alguien ¿eso ya se sabe!, ¡sí! quizás ya sea de conocimiento extrapúblico, pero la cuestión es que tal y como lo conciben las políticas de la OMS y otros estamentos públicos, la importancia de la inclusión social radica en la posibilidad de bienestar para el

individuo, una mejora en la salud mental y en la calidad de vida de un sujeto inscrito en una sociedad; pero lo que de hecho se corrobora con los lineamientos económicos, es que en efecto la cuestión es de talante monetario; el improductivo genera pérdidas y entre menos dinero se tenga que gastar en ellos, mayor riqueza para una nación. ¿Y quiénes son los improductivos? Los enfermos mentales, y los méndigos que la mar de las veces son equiparados con el enfermo mental.

El segundo aspecto es algo paradójal: hay improductivos pero se piensa en ellos, se invierte en ellos, se destinan rubros para mantener a los improductivos; Smith insiste en que de la producción de la tierra y del capital obtenido, se extraen los recursos para mantener a los productivos y a los improductivos, pero que se tiende a direccionar dichos rubros al mantenimiento de los improductivos, tanto así, que se puede ver como "... El gasto de un gran señor alimenta por regla general a mucha más gente ociosa que trabajadora..." (p.428). Entonces se piensa que incomodan los improductivos pero en el fondo se vela por ellos, están bajo el ojo que observa la productividad, y aun así se destinan proporciones de dinero, todo lo cual deja abierto el interrogante ¿por qué si incomodan, de todas formas se busca su bienestar? Bien podría pensarse que es una cuestión de derechos humanos, una cuestión de nobleza y ayuda al prójimo, pero de fondo, descansaría otra cuestión que desde la psicología puede profundizarse.

Algunas elucidaciones para reflexionar

La ociosidad, no es cosa de ese naciente mundo moderno, industrializado, global, neoliberal, o tampoco cosa de lo que en la

actualidad se denomina contexto contemporáneo, sino que ha sido vista en distintas épocas, noción esta que también es pensada por Smith, quien reflexiona sobre la ociosidad de nuestros ancestros que podría ser causada por el poco estímulo al trabajo. Bien podría decirse que hoy día y siempre, ha habido suficiente estímulo para trabajar: comer, vivir bajo un techo, poder vestirse, abrigarse, tener dinero, en fin, pero aun así y con todas estas necesidades la ociosidad ha existido y se ha mantenido; pero a donde se quiere llegar es a un punto que dilucida Smith sobre la ociosidad y la no ociosidad. Para él, aquellas ciudades de una gran actividad comercial e industrial, que se mantienen por la circulación e inversión del capital, se caracterizarán por el hecho de que sus habitantes son personas trabajadoras, ahorrativas y que por lo general prosperan económicamente; empero, hay ciudades que viven del ingreso, o como dice el propio Smith, que se constituyen en "residencia temporal o permanente de una corte, y en la que las gentes modestas son mantenidas por el gasto del ingreso, resultan por lo general perezosas, disolutas y pobres" (Ibíd, p. 430).

De lo anterior, surge el interrogante: ¿Quién es el improductivo? O más bien, ¿hay elementos para estigmatizar a ciertos improductivos y ensalzar a otros? Alguien que no produce, pero que a su vez, delira, alucina, no viste como lo establece el discurso, no piensa como lo establece el discurso en el cual se halla inmerso, no solo es improductivo sino un enfermo mental, en términos coloquiales un loco; pero alguien que viste como lo establece el discurso, o mejor establece como vestirse, piensa o funda cánones de pensamiento que se convierten en normas, pero no produce o no trabaja, es le-

galmente improductivo ¿Qué produce un monarca, un príncipe, un gobernante? ¿Qué es más llamativo, que alguien que posee todas unas facultades mentales, no produzca, o que alguien que por estructura psíquica: psicosis, no puede responder ante el llamado del Otro no produzca? Por qué uno es llamado anormal, patológico y el otro sencillamente venerado y sostenido por el pueblo. En este orden de ideas, se tendría improductividad tachable sujeta a volverse productividad; se tendría también improductividad legalmente establecida en tanto se posee capital, hace circular el capital o mueve las líneas del consumo. ¿Cuándo un monarca o integrante de una nobleza o familia monárquica, será catalogado como enfermo mental? O bien, si se miran los criterios de clasificación diagnóstica del DSM, no se encuentra una categoría a nivel multiaxial que permita clasificar dichos personajes con una escala de puntuación baja que cuestionaría su incapacidad mental. Pero Smith menciona que el gasto de un soberano es por dignidad y ¿el gasto de un ciudadano?

La cuestión es que en la actualidad, las políticas en salud mental propenden por que el enfermo mental sea un sujeto útil para la sociedad, que pueda producir y aportar a la comunidad y ese producir es medido en términos de bienes de consumo que generen la circulación de capital; es así como se pueden ver programas de atención en salud mental que tienen como eje rector la inclusión laboral y el diseño talleres ocupacionales, encaminados a la adquisición de destrezas por parte de los sujetos que el programa ha acogido; talleres como los de chocolatería, carpintería, cocina, pintura, belleza y peluquería, se constituyen en “estrategias interventivas” con miras a que el sujeto adquiera un conocimiento en cualquiera de estos

campos ofrecidos y luego, puedan ser incluidos socialmente, en términos de que pueden desempeñar una labor.

Pareciera que en la actualidad, sinónimo de enfermedad mental es la incapacidad de ejercer algún tipo de labor como actividad económica. Si en algún momento histórico, fue la religión la que puso a circular un saber y unas prácticas particulares, se podría pensar que en la actualidad es el trabajo un significante a partir del cual se erige todo un saber que puesto en circulación está marcando las prácticas de la época actual: trabajo – producción – consumo, y en ese orden de ideas, el enfermo mental, ya no es el poseso, ya no es aquella cosa ridícula, sin razón, ya no es la que revela una verdad al otro que no quiere saber nada, sino que el loco es actualmente y de manera notoria, el impedido para trabajar y de ahí que como práctica interventiva, se esté generando la puesta en marcha de talleres ocupacionales con miras a la rehabilitación y la inclusión en la sociedad del enfermo mental.

Ahora bien, cómo pensar ese empuje a la productividad que a lo largo de la historia del hombre se ha promovido. Freud planteó que la satisfacción que el ideal dispensa a los miembros de la cultura es de naturaleza narcisista, descansa en el orgullo por el logro ya conseguido. Para ser completa, esa satisfacción necesita de la comparación con otras culturas que se han lanzado a logros diferentes y han desarrollado otros ideales... (Freud, 1992, p. 13). Lo anterior permite pensar en la satisfacción pulsional del trabajo sostenida en el ideal de trabajar que circula en el discurso de la cultura; en distintos hemisferios se logra captar la circulación del significante “trabajo” y “producción”, los cuales han movilizad

cía el discurso de la consecución de metas y proyectos en el ámbito laboral, permitiendo colegir que esta satisfacción del trabajo, no es más que una satisfacción proyectada por dicho ideal que circula en la cultura y que busca cada vez más alcanzar metas más altas en lo que a satisfacción laboral se refiere, convirtiéndose el trabajo en un objeto en el cual el sujeto se circunscribe de tal manera que será rodeado por la pulsión que no cesa y que ubica al sujeto en la posición de alcanzar más que una satisfacción pulsional el reconocimiento del sujeto ante el Otro. La cuestión, es que el sujeto psicótico no busca ni la satisfacción pulsional por la vía del trabajo, ni mucho menos el reconocimiento por parte del Otro, pero aún así, este último busca hacerlo entrar por el ojo de la utilidad, y en últimas, el ojo del reconocimiento.

Pero más allá de que el trabajo esté sostenido por un ideal que circula en la cultura, Freud pone sobre la mesa el saber que subyace al hacer, enunciando así que hay un “apetito de saber de los hombres, impulsado sin duda por los más potentes intereses prácticos. (Freud, p.16), dando así por sentado, que el saber sostiene al hacer, pero ¿Por qué lo sostiene?, o ¿por qué del saber se deriva la necesidad compulsiva de la práctica? La necesidad de saber, es fundante en el hombre, y con el saber, va la urgencia y la emergencia de la práctica. Es como si el trabajo se constituyese en una representación por la cual se desliza el objeto “a” como señal que vaticina la fragilidad del hombre, y ante la posibilidad de la visibilidad de ese objeto no queda más que la necesidad de un empuje pulsional hacia el trabajo como posibilidad de actividad, de movilidad del hombre, que siendo el opuesto de la quietud y el suspenso, podría pensarse que engaña a la muerte: el trabajo

visto en términos psicológicos como significativo que encierra un sentido, podría ubicarse como única posibilidad de engañar a la muerte. ¿Qué es el trabajo sino actividad, vitalidad y vigorosidad? Y ¿Qué es su opuesto, sino la quietud, la suspensión en el tiempo y el espacio que recuerda que tan cercanos estamos ante la muerte misma?

El trabajo lo hizo Dios como castigo reza un adagio popular, pero remémbrase: ¿Por qué fue el castigo? Porque un humano robo el fuego de los dioses para compartirlo con la humanidad, ¿y que encierra el significativo fuego sino es el saber? Allí se erige el trabajo como posibilidad de hacer, de movilizarse, de mover y circular por una vía, una vía en la cual se especializará el hombre, una vía en la que a modo mecánico realizará, algo hará con un saber instituido, que es el saber no todo que le es dado por el Otro, y entre más se hace, mas se aleja del saber no sabido, aquel que encierra la debilidad del ser, la debilidad del Otro. Trabajo como ilusión de completud, que aguarda una recompensa ora lo terrenal, ora lo esotérico.

Referencias

- Foucault, M. (1993). *Historia de la locura en la época clásica*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1992). *Obras completas. El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras. (1927-1931)*. Buenos Aires: Amorrortu
- Hesíodo. (1986). *Teogonía Trabajos y días Escudo Certamen*. Madrid: Alianza Editorial
- Smith, A. (2007). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial